

# LIBROS

Nathan Thrall

UN DÍA EN LA VIDA DE ABED SALAMA. ANATOMÍA DE UNA TRAGEDIA EN JERUSALÉN

Magalí Etchebarne

LA VIDA POR DELANTE

Veronica Raimo

NADA ES VERDAD

VV. AA.

DOCE FILOSOFÍAS PARA UN NUEVO MUNDO. ¿HACIA DÓNDE CAMINA EL SER HUMANO?

María Baranda

SOMBRA Y MATERIA

DESLUMBRANTES CAMPOS DE HIELO

## PERIODISMO

### Una mirada microscópica a la ocupación israelí

por **Ricardo Dudda**



**Nathan Thrall**  
UN DÍA EN LA VIDA DE ABED SALAMA. ANATOMÍA DE UNA TRAGEDIA EN JERUSALÉN  
Traducción de Antonio Ungar  
Barcelona, Anagrama, 2024, 312 pp

*Un día en la vida de Abed Salama* se publicó en inglés el 3 de octubre de 2023. Cuatro días después, la organización terrorista Hamás realizó la primera invasión de territorio israelí desde la guerra de 1948. Fue el ataque contra civiles más sangriento de la historia del país: se calcula que fueron asesinadas 1.143 personas, de las cuales 767 eran civiles, y fueron secuestrados 252 civiles y soldados. Poco después, Israel inició la Operación Espadas de Hierro, en la que han muerto alrededor de 30.000 palestinos de Gaza (es difícil determinar las cifras exactas; un reportaje de *The Economist* combinó

todas las estimaciones y recuentos y llegó a la cifra conservadora de 25.000 muertos hasta el 30 de abril, pero afirma que posiblemente sea superior).

El libro de Nathan Thrall, un relato periodístico sobre la ocupación israelí de Cisjordania y específicamente Jerusalén Este, quedó en una especie de *impasse* promocional. Se cancelaron sus presentaciones y charlas, a veces por miedo a la violencia. Thrall, que llevaba más de una década viviendo en Jerusalén, donde dirigía el Proyecto Árabe-Israelí del *think tank* International Crisis Group, abandonó el país temporalmente.

El conflicto palestino-israelí está, desde el 7 de octubre, en su peor momento. Aunque la comunidad internacional está cada vez más convencida de la necesidad de la solución de los dos Estados, sobre el terreno la posibilidad de que eso llegue a producirse es más remota que nunca. Nunca antes el conflicto había sido tan sangriento (ni en la guerra de 1967, ni en la de Yom Kippur, ni en las dos del Líbano, ni en las dos Intifadas), y nunca antes ambos bandos habían estado tan radicalizados. Eso no significa, sin embargo, que la situación fuera sostenible o pacífica antes de la guerra.

Thrall centra su atención en Cisjordania, donde gobiernan a medias un gobierno militar israelí y la Autoridad Palestina (AP), que se creó en 1994 tras los Acuerdos de Oslo. En ellos se dividió Cisjordania en tres áreas: la A, que representa un 18% y es de control total palestino (al menos sobre el papel); la B, que representa un 22% y donde la AP administra los asuntos civiles e Israel la seguridad; y la C, que representa un 60% y es de control total israelí. En la práctica, Israel gobierna militarmente las tres áreas, mantiene en una situación de subordinación al débil gobierno palestino y ha promovido la construcción de asentamientos ilegales desde hace décadas.

Cisjordania es el núcleo de un posible Estado palestino. El consenso sobre la solución de los dos Estados está basado en las fronteras previas a la guerra de 1967 y a la ocupación israelí de Cisjordania. Es quizá la única solución al conflicto y resulta, a día de hoy, imposible. Para que exista un Estado palestino que pueda vivir en paz con su vecino, Israel no solo tiene que derrotar a Hamás, sino que tiene que desocupar Cisjordania, expulsar a más de medio millón de

colonos israelíes que viven en asentamientos ilegales y destruir todo el sistema de carreteras segregadas, muros de separación y *checkpoints*. El reconocimiento del Estado palestino, como ha hecho recientemente el gobierno español, es algo necesario y, al mismo tiempo, un acto de *wishful thinking*: no existe ni parece que vaya a existir una Palestina con fronteras claras en un futuro cercano. Hoy Palestina es Gaza y 165 “islas” en Cisjordania con autogobierno limitado y rodeadas por un mar de control militar israelí.

Cisjordania no es Gaza, pero es también una región violenta. Y no solo desde el 7 de octubre, que reactivó la violencia contra palestinos, a pesar de que allí no gobierna Hamás (tras los ataques terroristas, el gobierno israelí convocó a 5.500 colonos que eran reservistas para crear batallones de “defensa regional”, repartió 7.000 armas y se han producido alrededor de quinientos asesinatos). 2023 ya fue antes de los ataques de Hamás el año más violento registrado en Cisjordania, con alrededor de doscientos palestinos asesinados entre enero y octubre. El conflicto palestino-israelí ya era insostenible antes de los atentados de Hamás.

Es un conflicto que se suele analizar a partir de sus brotes de violencia: los atentados suicidas durante la Segunda Intifada, los ataques de Hamás desde Gaza o los de Hezbolá desde el Líbano. Nathan Thrall, en cambio, lo explica desde la cotidianidad de la ocupación. El relato central de su libro es una tragedia aparentemente ajena a ella: el accidente en Jerusalén Este de un autobús escolar en 2012 en el que murieron calcinados seis niños palestinos de Anata, una población que está en tierra de nadie. Oficialmente, el pueblo forma parte de Jerusalén Este, ocupada por Israel en 1967, pero está al otro lado del muro de separación de Cisjordania y por lo tanto Israel no le proporciona ningún tipo de servicio (aunque los palestinos de Anata sí que deben

pagar sus impuestos a Israel). A la Autoridad Palestina, por su parte, no se le permite acceder ya que está fuera de su jurisdicción. Está en un limbo anárquico, inseguro e insalubre.

Anata y sus alrededores son un pequeño microcosmos que explica perfectamente la ocupación israelí de Cisjordania: un municipio palestino rodeado de muros y barreras de separación, asentamientos ilegales de colonos israelíes, el campo de refugiados de Shu’fat (en Palestina los campos de refugiados suelen ser poblaciones al uso, nada que ver con campamentos, pero están completamente en un limbo; a menudo solo sobreviven gracias a la UNRWA, la agencia de refugiados para Palestina de la ONU), poblaciones seminómadas de beduinos y una carretera que atraviesa el pueblo y que tiene carriles para uso palestino y carriles para los colonos israelíes (el subsecretario de defensa israelí denominó a estas vías, en un cable diplomático filtrado, “carreteras del *apartheid*”).

Los niños iban de excursión a un parque infantil al otro lado del muro. Era un día lluvioso y con mucho viento. Por la situación particular de Anata, el autobús escolar tuvo que dar un largo rodeo por una carretera peligrosa y terriblemente congestionada (a menudo el ejército israelí detiene el tráfico de las carreteras palestinas para que no haya mucho tráfico en las carreteras que comparten con los colonos). El autobús acabó chocando contra un camión que conducía imprudentemente, volcó y se incendió. Varios conductores y profesoras del colegio consiguieron salvar a decenas de niños, pero seis fallecieron. Aunque el accidente se produjo a diez minutos de Kalandia (el principal cruce fronterizo entre Cisjordania e Israel), a tres minutos de una colonia israelí, a menos de un minuto de un *checkpoint* israelí, y en una carretera controlada por Israel, los servicios de emergencia israelíes tardaron casi una hora en llegar, y cuando lo hicieron

los niños ya habían sido evacuados por civiles. Muchos padres tardaron casi un día en encontrar a sus hijos; algunos heridos y fallecidos fueron enviados a hospitales israelíes y sus progenitores no tenían el pasaporte azul que les permitía cruzar la frontera, sino que tenían el pasaporte verde de Cisjordania (que les impide salir del territorio). Uno de esos padres es Abed, el protagonista del libro.

Thrall escoge la historia de Abed no solo porque su hijo es uno de los seis fallecidos. Su vida es apasionante. Es de la familia Salama, un clan que domina buena parte de la región. A través de su vida y la de su familia, cuenta la historia de Palestina desde la Primera Intifada, que duró más o menos entre 1987 y los Acuerdos de Oslo en 1993. Thrall también explica las divisiones políticas entre diversas facciones palestinas y aspectos sociológicos de la Palestina contemporánea, desde la división social entre clanes o familias a los matrimonios concertados y la poligamia. *Un día en la vida de Abdel Salama* es también un apasionante folletín romántico. Abed se casa tres veces (y media). Hay un compromiso matrimonial no consumado, un matrimonio concertado, otro para obtener un visado (se casa con una “palestina del 48”, que es como se llama a los palestinos que permanecieron en la parte de Palestina que se convirtió en Israel en 1948, para poder trabajar en Israel) y otro por amor. Como la ley vigente es la jordana, que permite la poligamia, Abed no necesita divorciarse para casarse de nuevo. Thrall narra sus escarceos y dramas con frialdad, sin juzgar, y no obvia detalles que perfilan negativamente a su personaje. Escribe con distancia sobre las rencillas y disputas familiares, la cultura patriarcal, las traiciones.

Mantiene la misma distancia al narrar el accidente de autobús. El material a veces es delicado: la identificación de los cuerpos quemados (una madre reconoce un lunar, otra

unos calzoncillos, otra una mochila de Spiderman), la culpa que sienten los civiles que no pudieron rescatar a más niños, los efectos psicológicos del accidente. Thrall ha confesado que se ganó la confianza de sus entrevistados, especialmente Abed, porque lloró con ellos su pérdida, pero en ningún momento hay en el texto una apropiación de su dolor ni una explotación efectista.

Aunque es una historia palestina, también hay personajes israelíes (contrarios y favorables a la ocupación, judíos y árabes). Quizá el más interesante es Dany Tirza, un coronel de la reserva que participó en todas las negociaciones territoriales de los Acuerdos de Oslo, que desembocaron en la partición de Cisjordania en tres áreas. “Dany planificó una nueva red de transporte diseñada para separar a los colonos judíos de los palestinos, creando vías de circunvalación y autopistas [...] y estableciendo lo que el ejército llamó ‘carreteras estériles’, a las que los árabes no tenían ningún acceso.” Tirza dice que el muro es necesario para contener la violencia. Se creó tras la Segunda Intifada, en la que murieron cientos de israelíes por ataques terroristas. El problema es que no sirve solo para proteger el Israel soberano, el de las fronteras de 1967, sino también los asentamientos ilegales en Cisjordania, un problema que no es de unos pocos forajidos (hay casi medio millón en Cisjordania y unos 200.000 en Jerusalén Este) sino que es estructural y parte de la estrategia de expansión del Estado desde los Acuerdos de Oslo.

Todas las digresiones que hace Thrall en su estupendo reportaje tienen como objetivo explicar el contexto tan particular en el que se produjo el accidente. El libro termina con un informe de la Autoridad Palestina que, según el autor, se olvida de señalar el origen de la tragedia. “Nadie dijo que los palestinos de la zona estaban desatendidos porque Israel pretendía reducir su presencia en la gran

Jerusalén, el lugar más codiciado por Israel. Absolutamente nadie rindió cuentas por ninguno de estos actos.”

*Un día en la vida de Abdel Salama* es un libro con enormes virtudes; el jurado del Premio Pulitzer supo verlas y le otorgó su premio de no ficción este año. La mayor es quizá su capacidad de hacer comprensibles dos historias enrevesadas cada una a su manera: la vida sentimental de su personaje, Abed, y su entorno lleno de tribalismos y rivalidades; y la logística de la ocupación israelí en Jerusalén Este y Cisjordania. El resultado es un equilibrio casi perfecto de ensayo histórico y no ficción literaria que no cae en esencialismos ni relatos sobre “odios ancestrales” sino que permite que sean los hechos los que hablen. ~

**RICARDO DUDDA** es periodista y miembro de la redacción de *Letras Libres*.

## CUENTOS

# Las edades de las mujeres

por **Aloma Rodríguez**



**Magalí Etcheberne**  
LA VIDA POR DELANTE  
Madrid, Páginas de Espuma,  
2024, 113 pp.

*La vida por delante* es el segundo libro de relatos de Magalí Etcheberne (Buenos Aires, 1983), autora de *Los mejores días* (Las afueras, 2019) y del poemario *Cómo cocinar un lobo* (Tenemos las máquinas, 2022), y con él ha ganado el Premio Ribera de Duero de narrativa breve, publicado por Páginas de Espuma. Reúne cuatro cuentos. Dos de ellos, el primero y el tercero, comparten personajes

y su continuidad está señalada también por un objeto simbólico: una piedra de obsidiana. En “Piedras que usan las mujeres”, la narradora acude a visitar a su madre, que, enferma de alzhéimer, cree que es su hermana, y recuerda cuando se puso de moda que los hombres dejaran a sus esposas por otras más jóvenes (“se podría decir que el mundo empezó así”, escribe cáustica la narradora). El cuento juega con el lector, que participa encantado del quiebro, no se trata tanto de qué va a pasar, sino de cómo: por supuesto que el padre de la narradora va a dejar a su madre por una muchacha, pero cuál y cómo: “¡De manual!, ¡tan obvio, tan obvio! Treinta años más joven, ¡qué ridículo!”, oye decir a su madre con cada nueva amiga abandonada. “Un noche papá también lo hizo. Era octubre de 1994, yo tenía diez años y él la dejó por Luisa, que acababa de cumplir veinticinco.” Tras la partida del padre, la madre se descubre un tumor, llega la quimioterapia y con ella la caída de cabello: sobrevive al primer cáncer y al segundo; en el segundo tratamiento se une a un grupo de mujeres que se llama “No pierdas tu pelo”.

En “Temporada de cenizas”, la misma hija acude a deshacerse de los restos de su madre en el mar. En esta misión, la acompaña su hermana, Nadia, hija de su padre y de la segunda esposa de este —habrá una tercera, claro—. Las dos mujeres, la original y la sustituta, formaron una especie de familia extendida con las hijas del mismo hombre. Estos dos relatos, separados por el más juguetón del volumen, podrían ser casi capítulos de una *nouvelle* sobre la relación con el cuerpo, sobre la muerte y una cierta inversión. Los hombres abandonados hacen bromas sobre la diferencia de edad con sus novias: “¡Un hombre tiene la edad de la mujer que ama!” “Mamá decía que eso era más cierto de lo que ellos pensaban, pero no de la forma luminosa y vivaracha con la que

## Todas las familias son felices e infelices

por **Liliana Muñoz**



**Veronica Raimo**  
**NADA ES VERDAD**  
 Traducción de Carlos Gumpert  
 Barcelona, Libros del Asteroide, 2023, 216 pp.

tenían fantasías, porque la juventud podía estar llena de estupidez, del tipo que parece una gracia pasajera, pero a veces se enquistá.” De las dos piezas de este díptico diferido, la más redonda es la primera, en parte por el club de las primeras esposas. “Habían parido, habían enterrado a sus padres y habían hecho la comida todos los días dos veces por día, habían criado y no habían dormido, habían perdido turnos y dinero, rechazado viajes y ascensos, después habían visto a sus hijos alejarse para hacer sus propias vidas. Y hasta habían puesto el lavarropas para que sus maridos se llevaran la ropa limpia cuando se divorciaban. Solo querían volver a casa al final de esas noches en el club, acostarse, encender el televisor y odiar. Odiarlas en silencio, con amargura, un verdadero placer. Maldecirlas, e imaginarlas envejeciendo, a ellas y a ellos, culos caídos, huevos flácidos, la piel derriéndose.”

“Un amor como el nuestro”, el segundo de los cuentos de este libro, tiene como protagonista a Julia, correctora en una editorial. Se ocupa de muchos libros, entre ellos, de las novelas entre eróticas y románticas que escribe Leslie. Las dos se han hecho amigas, tanto que la escritora decide apuntarse al viaje al Niágara que ha ganado la correctora en la editorial. Es un cuento extraño, en el mejor de los sentidos: tiene humor, que viene de la parte digamos de descripción del mundo editorial: “Los editores enseguida se pararon, les gustaba ese estrellato, es mentira que preferían las sombras, les gustaba pasar al frente, decir yo descubrí a este, yo leí primero el manuscrito”; vendedores y diseñadores son peores, eso sí, así describen su trabajo: “potenciamos talento”, “gestionamos creatividad con experiencia”, “iluminamos el bosque de una idea para que el autor encuentre su obra”. Hay algo trágico también, en el pasado de Julia y en el presente: el viaje coincide con una ola de suicidios en las

cataratas. “Cuando está en su casa, quisiera alejarse, y cuando está lejos, solo piensa en volver a estar entre sus cosas. Al final, casi siempre algo se lleva. Una forma de untar la tostada, una costumbre nueva por la mañana que consigue sostener unas semanas, una forma de doblar las toallas, o de hacer la cama. O una foto en la mente de una tarde amarilla, un pájaro azulado de tan negro, una cosa que alguien tiene y a ella no le pertenece pero que podría llegar a conseguir si lo desea lo suficiente, o si se viste como se viste la gente que lo tiene. A veces, también, solo vuelve a casa agotada, llena de desilusión”, habla de Julia. Etchebarne no pretende contarle todo, deja misterios por resolver que son como anzuelos para el lector, pero también un gesto de confianza hacia él. En el cuento hay una reflexión sobre las historias, la ficción y la relación con lo que se escribe, pero está sugerida.

El último de los relatos, “Casi siempre desesperados”, podría ser la precuela de *Historia de un matrimonio*, de Noah Baumbach, pero en argentino y con su poquito de psicosis. Ramiro es dramaturgo y cuando conoció a Ana, su pareja, desde cuyo punto de vista se cuenta el relato, ella quería ser actriz. La relación hace aguas, no solo por la neurosis de Ramiro, que vive obsesionado con que le entren a robar. Es quizá la pieza más amarga de las cuatro que componen *La vida por delante*.

Magalí Etchebarne es buena escritora, es inteligente y sutil, penetra en la vida interior de los personajes como si nada y trata a sus criaturas con una mezcla de ternura e implacabilidad. Le queda al lector la duda de si se podría haber explotado más ese talento con alguna pieza más. ~

**ALOMA RODRÍGUEZ** es escritora, miembro de la redacción de *Letras Libres* y colaboradora de Radio 3. La Navaja Suiza ha reeditado en 2024 su libro *Los idiotas prefieren la montaña*.

Precede a *Nada es verdad*, de Veronica Raimo, una nota del editor: “El título original de esta obra, *Niente di vero*, contiene una ambigüedad intraducible en español: significa literalmente tanto ‘nada de cierto’ como ‘nada de Vero’, en referencia a Veronica, la protagonista de la novela.” Ya desde el principio, el lector se enfrenta, como mínimo, a dos expectativas de lectura: una autoficción que coque-teará con los alcances y los límites de la verdad, y un libro que, de algún modo, hará desaparecer a su personaje principal. Así, lo que Raimo nos ofrece es una narración original y divertida acerca de la familia, la identidad, el descubrimiento de la sexualidad, los vínculos con el otro y, sobre todo, la naturaleza de la ficción.

Para la autora nacida en Roma en 1978, las líneas iniciales de *Anna Karénina* (“Todas las familias felices se parecen, pero cada familia infeliz lo es a su modo”) encierran algo de verdad y algo de mentira: en realidad, todas las familias son, a la vez, felices e infelices, y cada una lo es a su manera. La protagonista de *Nada es verdad* tiene una madre aprensiva que no conoce la privacidad; un hermano perfecto, también escritor; un padre maniático que levanta paredes en su piso de sesenta metros cuadrados; un abuelo entrañable y mentiroso, y una abuela que se encarga

de recordarle su carencia de pechos. Pese a que la familia es el eje central de esta novela, alrededor de ella orbitan la memoria y la construcción de la verdad, una verdad que invariablemente nos elude. A diferencia de, digamos, David Sedaris, que se enmarca en el ensayo autobiográfico para sobrellevar la cotidianidad a través de la comedia; de Annie Ernaux, que reconstruye pasajes y personajes concretos de su vida para intentar comprenderlos o aprehenderlos; o de Sylvia Molloy, que se vale de la autobiografía para articular sus preocupaciones vitales y literarias, Veronica Raimo elige la autoficción no solo para indagar en sí misma, sino también para fabricar una imagen del otro, en particular de su familia.

Veronica, también llamada Verika, Veronika u Oca, emplea la ficción para escribir la verdad, pero ¿qué verdad? Mientras sus padres alardean de la genialidad de su hermano, Veronica decide robar dos dibujos de la escuela donde trabaja su madre y hacerlos pasar por suyos: “Acabé convencíendome de que parte del mérito de verdad me correspondía. Era yo quien había decidido qué cuadros robar.” Mientras hace los deberes o se aburre en sus tardes adolescentes, le escribe a su amiga Cecilia cartas en las que fabrica otra visión de su existencia: “Hay al menos dos versiones de mi cuarto año de instituto: la más o menos real, de la que no recuerdo casi nada, y la escrita para Cecilia, de la que recuerdo casi todo.” La mentira, que parece ser una seña de identidad heredada de su abuelo Peppino, le permite, más que reconstruir una realidad, retenerla a medida que se le escapa. Cuando una amiga suya le pregunta: “Pero ¿por qué todas las novelas italianas tratan de lazos familiares? [...] Y siempre hay un duelo. Parece como si la muerte la hubieran descubierto ellos”, ella contesta: “Hoy, recordando las palabras de mi amiga, me he dicho que en cierto modo tiene razón. A veces escribimos

no para elaborar el duelo, sino para inventarlo.” Veronica necesita literaturizar la vida para volverla verdadera o, más bien, para sustituir la realidad por la ficción, pues no importa cómo ha experimentado ciertos acontecimientos, sino cómo los ha fabulado: “Le había cogido cariño a ese tiempo muerto de soledad. Se había convertido en parte de mí. Una parte fundamental. En esas horas me convertí en Veronika: una estrella del pop en permanente gira mundial que conocía hombres nuevos cada día y luego los dejaba, lista para marcharse hacia el siguiente destino.” Y, también, para llenar los huecos que deja la memoria, para completar lo que no se ha vivido con plenitud, para desplazar a la novela una realidad más acabada que la que le ha tocado en suerte. Por esta razón, cuando descubre la infidelidad de su padre con una antigua empleada suya, Rosa, lo que le preocupa no es el amorío *per se*, sino el estilo, la falta de imaginación: “No sentí rabia al descubrir que mi padre engañaba a mi madre, simplemente me decepcionó la elección. Más que la banalidad de un ejecutivo tirándose a una colega, me decepcionó la banalidad de Rosa, su escritura remilgada, las metáforas trilladas, esa redaccioncita sobre el amor.”

Aunque la novela está plagada de personajes bien delineados, unos más interesantes que otros, y aunque no le falta ni le sobra densidad, cabe preguntarnos si esto basta para tener una propuesta literaria sólida. *Nada es verdad*, que fue preseleccionada para el International Booker Prize este 2024, posee, a mi juicio, un defecto capital: un hilo conductor vacilante, una trama que hace aguas por doquier, una notable falta de cohesión entre lo que se cuenta y cómo se cuenta. Si este fuera un ensayo que titubea y se desdice, el lector aceptaría a ciegas el pacto con el género, pero en cambio es, o pretende ser, una novela. De hecho, la misma narradora se lo cuestiona: “Hace

unos días, una amiga me preguntó de qué trataba mi nuevo libro, este libro. Yo no supe qué decirle, cada frase contradecía a la anterior, cada intento de síntesis me parecía ineficaz. Tenía la impresión de estar agavillando coartadas, de justificarme por una fechoría de la que nadie me había acusado.” Pese a ello, el libro se sostiene gracias al humor, a las anécdotas hilarantes que dan paso a la sonrisa (y con frecuencia a la carcajada), a las ocurrencias de la narradora, a su pericia estilística. Dicho de otro modo: lo que pierde de cara a la trama, lo gana de cara a la forma: “En mi familia cada uno tiene su manera de sabotear la memoria en beneficio propio. Siempre hemos manipulado la verdad como un ejercicio de estilo, la expresión más completa de nuestra identidad. En ocasiones nos concedemos por lo menos el beneficio de la duda en lo que a nuestros sabotajes se refiere, guardamos un pequeño resquicio en nuestro interior para restablecer la exactitud de los acontecimientos, pero lo contrario es mucho más frecuente: olvidamos la mentira inicial o el hecho mismo de que se trate de una mentira.”

He señalado ya que *Nada es verdad* hace desaparecer a su protagonista, y ese es precisamente uno de sus aciertos. Veronica es Verika, la artista plástica, para su madre; es Veronika, estrella del pop, en sus ratos libres; es Cucarachilla para el abuelo Peppino; es Oca para su padre; es Furcia para un chico a quien conoce en unas vacaciones; es Veronica para el lector que se aproxima a este libro, aunque es posible que esta sea otra de sus mentiras. No plantearé aquí las consabidas problemáticas de la llamada “literatura del yo”, que pretenden encasillar un género híbrido y a menudo inclasificable. Me interesa más el modo en que Veronica, el personaje, se coloca en el corazón del libro y al mismo tiempo se desdibuja, pues al final nos fraguamos una imagen de ella más por semejanza o por



contraste con los otros que por lo que la misma Verónica nos narra.

Hacia el primer tercio de la novela, Verónica explica que suele pasar largas temporadas en Berlín y, sin embargo, no tiene casa propia: “Me encanta vivir en casas ajenas. Descubrir sus libros, sus discos, sus artilugios eróticos, los orgasmos de sus vecinos, usar sus champús, beber café en sus tazas. [...] He escrito casi todos mis libros en Berlín, en casa de alguna otra persona.” Acaso no tener casa propia le dé la libertad de habitar en muchas otras, tanto como no ser nadie le permita ser, a la vez, todas las Verónicas posibles. Tal vez sea esto lo que persigue *Nada es verdad*: concebir una familia que sea capaz de convertirse en cualquier otra familia, real o imaginada, propia o ajena. ~

**LILIANA MUÑOZ** es editora, ensayista y crítica literaria. Edita la revista de crítica *Criticismo*.

## FILOSOFÍA

# Nuevas aventuras del pensamiento

por **Úrsula Carrasco**



**VV. AA.**  
DOCE FILOSOFÍAS PARA  
UN NUEVO MUNDO.  
¿HACIA DÓNDE CAMINA  
EL SER HUMANO?  
Madrid, Fundación  
Santander, Colección Obra  
Fundamental, 2024, 332 pp.

Preguntarse hacia dónde camina el ser humano es, dice Ángel Gabilondo en el epílogo de *Doce filosofías para el nuevo mundo*, preguntarse qué es el ser humano. Las reflexiones que ofrece el conjunto de ensayos, subtítulo precisamente “¿Hacia dónde camina el ser humano?”, comparten ese punto de vista. La tradición filosófica y literaria, la historia contemporánea, la memoria íntima y colectiva, la transformación del entorno, la revolución

comunicativa, la disrupción causada por la inteligencia artificial, los desafíos democráticos: todos esos elementos forman parte de la cuestión del porvenir del ser humano, que es una pregunta actual y eterna al mismo tiempo.

En el volumen participan con textos inéditos doce filósofos españoles: Ana Carrasco-Conde, Antonio Lastra, Azahara Alonso, Carlos Blanco, Daniel Innerarity, Eurídice Cabañes, Heike Freire, Javier Echevarría, José Antonio Marina, José Luis Villacañas, Josefa Ros y Victoria Camps. Son autores de edades e intereses distintos; entre ellos hay pensadores consagrados y otros en etapas más tempranas de su carrera. Algunos tienen una vocación principalmente académica y otros participan en el debate público: es el caso de Innerarity, Marina, Camps, pero también del prolífico Villacañas y de autoras más jóvenes como Carrasco-Conde, Alonso y Ros. Los puntos de vista son forzosamente diferentes, pero hay una llamativa coincidencia de preocupaciones entre los ensayos que conforman el libro: es un ramillete de ensayos pero también una conversación.

Ana Carrasco-Conde se centra en la “tragedia humana” y en cómo aprender a escuchar el daño. El tema de su texto, se podría decir, es la necesidad de reconocer una humanidad común y de interpretarla. “No se trata de dar un sonido a lo que se escucha, sino de atender al sonido de lo que se escucha. Efectivamente, tendemos a asignar a cualquier voz humana un significado que quizá no tenga”, escribe. Si en el ensayo de Carrasco-Conde está presente la guerra de Israel y Gaza, en el de Antonio Lastra un espacio físico es importante, y el texto parte de lo autobiográfico: la trayectoria del padre, la importancia de algunos lugares, la relación del escritor y su progenitor se combinan con la reflexión sobre teorías y palabras y las referencias a autores como Ralph Waldo Emerson.

El camino y el cansancio son dos de los asuntos centrales del texto de Azahara Alonso: entre los grandes andarines que cita están William Wordsworth, Charles Dickens y Friedrich Nietzsche, que pensaban que las mejores ideas se conciben caminando, y por supuesto Robert Walser. El futuro, dice Alonso, debe ser antes que nada imaginable: y eso no es fácil en un entorno de extenuación, de cansancio por el “neolaborismo” (Mark Fischer): “¿Cómo, entonces, hacer algo significativo desde estas vidas apresuradas, obedientes, a la deriva, exhaustas? A través de una humilde reconquista del tiempo por la vocación de uno mismo llamado a ser. Respondiendo, contra los imperativos de nuestro tiempo, a la llamada que nos convoca desde la reflexión no utilitaria.”

La cuestión del futuro y la esperanza también protagoniza el ensayo de Carlos Blanco, que recuerda que el progreso siempre está lleno de contradicciones y se pregunta si tiene salvación la humanidad. Asuntos como el papel de los intelectuales y la crisis de la autoridad sobrevuelan su artículo, que señala que “necesitamos expertos y eruditos, investigadores hondos y rigurosos, y también necesitamos mentes audaces, sintéticas, próximas al genuino espíritu de la filosofía”.

La Inteligencia Artificial y nuestra relación con las máquinas es otro de los temas del libro. Aparece en Carlos Blanco y también en el ensayo de Daniel Innerarity, que observa: “hemos de renegociar el espacio híbrido de acción en el que nos envolvemos los seres humanos y los artefactos tecnológicos”. La IA es importante también en el texto de Javier Echevarría, que parte del concepto de Telépolis y señala cómo se ha ido modificando. “La Telépolis del siglo pasado ha sido privatizada, automatizada y datificada, aunque sigue siendo reticular, abierta, conexionista y telemática.” Al describir el

ecosistema digital, señala con perspicacia la “dimensión energética”: el llamado capitalismo de vigilancia depende de que haya electricidad para que se produzcan y transmitan datos. Comparte tema el artículo de José Antonio Marina, que comienza reflexionando sobre los intentos, más bien ridículos, de los humanos de predecir el futuro. Recuerda Marina la conclusión del economista Carlo Cipolla: la estupidez es una gran fuerza histórica. Señala una llamativa paradoja: “el descrédito de la verdad en el mundo de la política, de la filosofía y de las ciencias sociales convive con el auge de las ciencias duras y de la tecnología, que miran con desdén a otras disciplinas. Esto desarma también a la ciudadanía porque la priva de herramientas para articular un pensamiento crítico. La ciencia y la técnica se entronizan como única racionalidad legítima”. Y subraya una estimulante frase de Spinoza: “La libertad es la necesidad conocida.”

La pieza de José Luis Villacañas resulta iluminadora, con su lectura de Max Weber (y su comparación con Fukuyama) y de Carl Schmitt (y su comparación con Huntington). Su texto, estructurado en diez escenas, transmite una preocupación por la situación y el futuro de la democracia, “el único ideal que no puede separarse de la vida en su concreción material, que no se deja arrastrar por luchas abstractas, sino que orienta sus combates por las irrenunciables de nuestra propia felicidad”.

Comparte esa preocupación con Victoria Camps, que además critica una “libertad individualista”: la “de la desmesura, la que potencia el deseo y desecha lo que obstaculiza su satisfacción inmediata”.

Frente a un mundo un tanto despersonalizado y alienante, muchos de los autores subrayan la unicidad de cada individuo, su singularidad irreductible y a la vez la relación con el otro. Por eso es también importante

el relato en primera persona al que recurren, a veces de manera seria y humorística. Es el caso de la refrescante y perspicaz pieza de Ros, del texto fragmentario y osado de Heike Freire “Doce estancias. Un viaje” o del ensayo de Eurídice Cabañes, que afirma que lo que necesitamos es “una filosofía zombie para habitar el colapso”. El conjunto es un volumen lleno de preguntas desconcertantes y propuestas sugerentes. ~

ÚRSULA CARRASCO es escritora y periodista.

## POESÍA

# Dos y muchos

por Eduardo Moga



María Baranda  
SOMBRA Y MATERIA  
Madrid-México, Vaso Roto,  
2023, 81 pp.



DESLUMBRANTES  
CAMPOS DE HIELO  
Morelos, Odradek, 2023,  
87 pp.

A la amplia y sustanciosa obra de María Baranda (Ciudad de México, 1962), acelerada en años recientes con títulos como *Teoría de las niñas* (2018), *Cañón de Lobos* (2021), *Un leve aullido bajo la arena* (2023) y *La inmensidad* (2023), se acaban de sumar dos nuevos poemarios, *Sombra y materia* y *Deslumbrantes campos de hielo*, que confirman una poesía a la vez sedosa y erizada, tejida de preguntas a las que es imposible dar respuesta, filosófica, aunque enraizada en las experiencias materiales del amor y la familia.

*Sombra y materia*, un libro fuertemente especulativo, aunque nunca renuncie a la materialidad de un lenguaje carnal, que suda y sangra,

dibuja el combate, o la cópula, entre las dos caras del ser: lo que se percibe y lo que se intuye, lo que tocamos y lo que imaginamos, lo que queremos y lo que somos. La sombra dice cuanto se embebe en el envés de las cosas y fertiliza la conciencia: la ahonda, la afila; la sombra nombra y recrudescen el ser. Una cita de Paul Celan, uno de los poetas que más ha influido en Baranda, encabeza la segunda y última sección del libro, que contiene dos largos poemas, de aliento bíblico y enumeraciones burbujeantes de metáforas: “Quédate ciego desde hoy: / también la eternidad está llena de ojos.” El rumano apela a la tradición ancestral de la ceguera iluminadora, presente en Tiresias, Edipo, Gloucester y el ciego del *Lazarillo*, a la que también se acoge Baranda, aunque otra cita suya habría sido igualmente reveladora del espíritu que alienta en *Sombra y materia*: “*Wahr spricht, wer Schatten spricht*”, “dice verdad quien dice sombra” (José Ángel Valente tradujo “dice la verdad quien dice sombra”, pero el artículo desequilibra y empequeñece). También la mística, y singularmente Juan de Yepes, subyace en el afán por decir lo que sabemos que late en el fondo del lenguaje, para iluminar la oscuridad que es vivir, pero que desesperamos de alcanzar, por más que exploremos vías desconocidas y subvirtamos las palabras con el deseo de encontrar otro camino al corazón de la existencia. En la sombra está la verdad —la certeza de nuestra levedad—, frente al imperio de la luz y la pujanza de la materia, y cuanto se arracima en ella: el miedo, la soledad y la muerte, pero también el amor. La sombra inaugura los poemas: “Abre sombra...” dicen los dos primeros del libro; “deja sombra...” reza el tercero; “sombra en el grito...” empieza el cuarto. La sombra protagoniza el anverso de la moneda cuyo reverso es la materia y, a veces, adquiere tal firmeza que desbarata el binomio aristotélico y cobra entidad material.

Entonces se personifica: “Vi pasar la sombra en el declive de la saliva (...) / La vi al comienzo / –tan ciega entonces– / suspendida / donde las estaciones / son ahora el filo / de la lengua en los sentidos. / [...] Dice la sombra entonces: / lo que sucede es la chifladura / o el capricho [...] / A galope, entonces / sombra / que te levantas / obsesionante / en tu palabra crítica.” Las alusiones, aquí, a la saliva, la lengua, el decir y la palabra remiten al campo primordial en el que se libra la batalla entablada por Baranda: el lenguaje. Porque sin lenguaje no hay realidad ni comprensión de la realidad; porque en el lenguaje se verifican el conflicto de ser y nuestra humanidad. El de *Sombra y materia* da cauce a una poesía a un tiempo fluida y quebrantada, a ratos caudalosa, más atenta a su desenvolverse libérrimo que al respeto por los reglamentos de la dicción; una poesía que se rebela contra las ataduras y se destripa en la página, sin más límites que los que decida tener en cada verso. “Todo es lengua” y “todo se nombra”, escribe Baranda; pero también: “El vocabulario dice lo impropio”. La poesía de María Baranda, urdida con paradojas y repeticiones, con asociaciones libres y juegos sonoros, con aliteraciones y símbolos, avanza por derroteros siempre imprevistos: por donde no se la espera, como debe ser. Y sirve a su propósito último: progresar en el conocimiento de lo que no se deja conocer –el mundo y nosotros mismos–, pero que, aun así, proyecta una luz genésica sobre todo: “Estaba el germen de la desesperación / y la desesperación estaba / en la punta de la lengua, / al paso siempre de una palabra nueva / que nos guiara más allá de nosotros / en nosotros mismos.”

*Deslumbrantes campos de hielo*, cuyo título está tomado de Marianne Moore y que viene con las imágenes de planos geométricos de *Geometría descriptiva*, de Adrián Giombini, publicado en 1942, comparte el

espíritu inquisitivo y desconcertante de *Sombra y materia*, y los trastrueques sintácticos que caracterizan a este poemario, pero no persevera en la dualidad que lo estructura, sino que se aventura a multiplicarla. Ahora es la pluralidad de planos –temporal, espacial, existencial– la que articula el poemario: el encaje o dislocación de los sentimientos, los actos y las vidas, metáfora de los conflictos a los que estamos abocados en el transcurso zigzagueante del tiempo; una pluralidad que encuentra su traducción gráfica en los fantásticos –y solo comprensibles por los géometras– dibujos de Giombini. Para significar esta turbulenta multiplicidad, *Deslumbrantes campos de hielo* cuenta una historia, aunque no sabemos cuál, ni falta que hace. El texto de contracubierta dice que esa historia “nunca empieza y jamás termina”, y dice bien: el hilo argumental es una sucesión de fragmentos surgidos *in medias res*, que saltan de un año a otro, de un lugar a otro, y en los que fulge una oscura constelación de personajes: la tía Serafina, el señor Plinio, la Tuerta Jerry, los padres y los abuelos de la poeta, una gata que hace pis, el señor de las gafas. También reconocemos un cementerio, que aparece al principio (“ve a Dios en un caracol que se arrastra entre lápidas. / [...] Ahí, dos ángeles custodian a un muerto”) y al final del libro (“esa palabra los conduce de nuevo al cementerio / donde está el muerto de antes custodiado en su tumba / por los mismos ángeles”), y que trasluce las ideas de muerte y resurrección por la palabra que atraviesan la obra de María Baranda. A veces cree uno que el libro relata una fuga; otras, que describe un mundo: una calle, un barrio, una familia; otras, le parece captar, aquí y allá, las llamadas y las cenizas de un amor, quizá trágico, y de algunos episodios eróticos: “juegan a darse besos y a tocar la pistola. / *Me gusta mucho sobarte*, le dice la tía Serafina al señor Plinio”. María

Baranda remacha la recurrencia de los caracteres con la de las imágenes –“cielo rojo sin estrellas”, una imagen tan sanguínea como pesarosa, recorre todo el poemario–, las anáforas y conexiones entre los poemas, y series de piezas que cabe considerar variaciones de un mismo tema; un conjunto de mecanismos que redondean un poemario cubista y fracturado, y que le proporcionan una inesperada unidad. También lo cohesiona el protagonismo del lenguaje empleado por la poeta. En toda literatura, el lenguaje es protagónico, pero no del modo en que lo es en *Deslumbrantes campos de hielo*: aquí se convierte en un actor más del mismo teatro, en una realidad separada y autónoma de la realidad que refiere: “El horizonte eran sílabas estáticas / y una línea de verbo y sangre, / cristales rotos en palabras. // Dijo: esto, la poesía”, leemos en el segundo poema del libro. Más adelante, María Baranda nos habla del “rumor gramatical de toda angustia” y de muchas palabras individuales, que adquieren hechuras de sujeto y aparecen en el poema como actores que saltaran al escenario: trabajo, dinero, peligro, silencio, río, ahogarse, olvido. En un poema de cuatro versos (la variabilidad formal de *Deslumbrantes campos de hielo* es coherente con su complejidad estructural: contiene desde monósticos hasta poemas en prosa), averiguamos que el señor de las gafas se esconde detrás de la palabra “amenaza”, “una palabra muy difícil, dice la tía, porque realmente / no se sabe qué significa”, una palabra que es una “yegua en la página”. El miedo asociado a palabras como “amenaza” aparece a menudo en el poemario, pero *Deslumbrantes campos de hielo* no transmite temor, sino un sosiego tumultuoso, una alborotada aceptación de lo que nos perturba y nos conmueve. ~

**EDUARDO MOGA** es poeta y crítico literario. En 2021 publicó *Diarios de viaje* (Eolas) y *Tú no morirás* (Pre-Textos).